

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

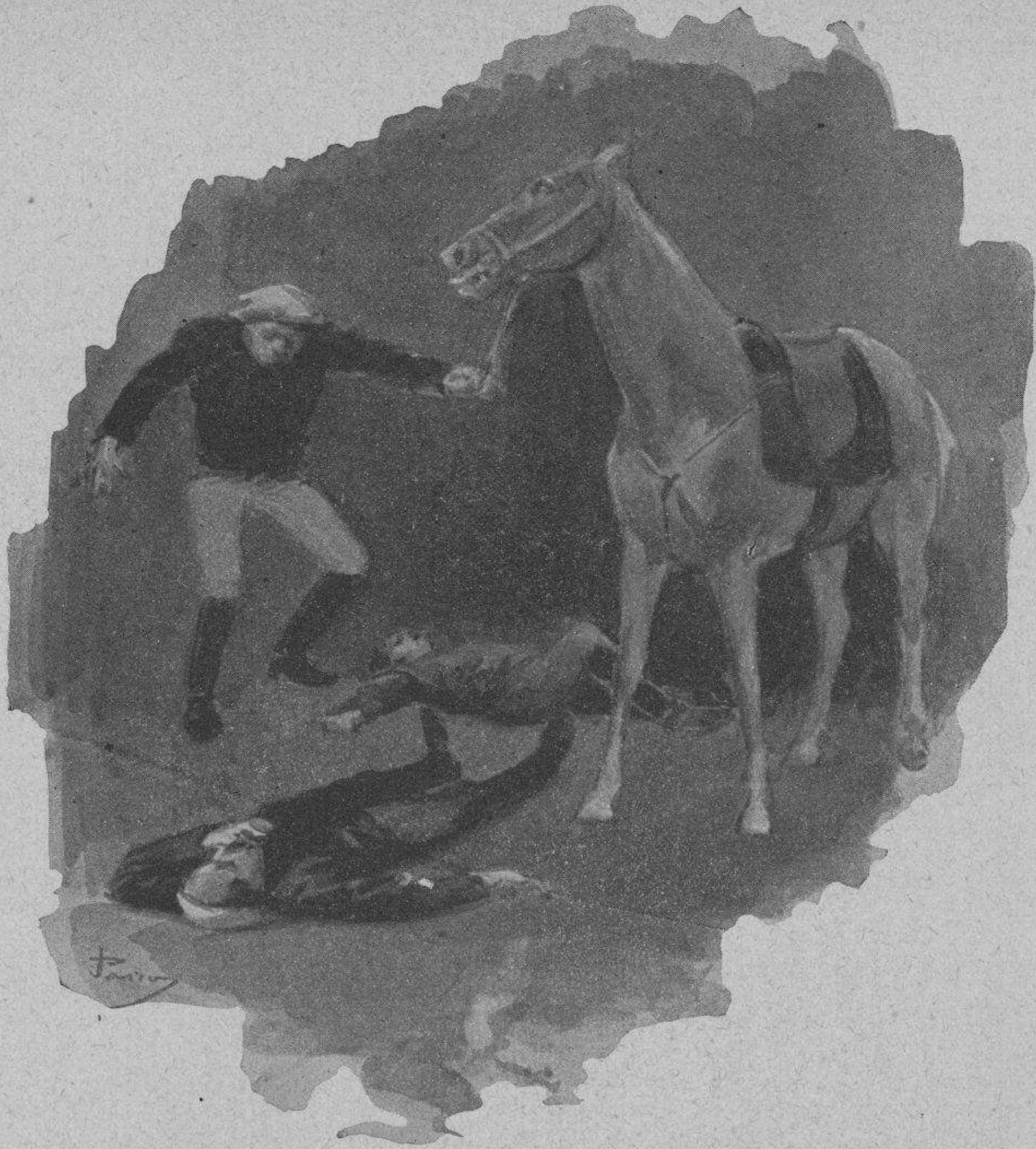
Barcelona 29 de Julio de 1897

Núm. 349

LA MARINA ESPAÑOLA



Clipper «Nautilus», escuela de Guardias marinas



Un liberal de antaño

Durante toda la jornada del 4 de Agosto de 18... los vecinos de G... permanecieron en la más cruel expectativa. A dos leguas escasas de la población los batallones liberales y las huestes carlistas libraban rudo combate; á cada minuto el viento traía en sus ráfagas el lejano amortiguado rumor de la fusilería, al que se mezclaba en acompasados intervalos las voces roncadas del cañón. Pero de como andaban los negocios de uno y otro bando, nadie sabía en G... una palabra, y esta incertidumbre tenía muy inquietos á los habitantes de la villa, de los cuales unos eran absolutistas á macha martillo y los otros *negros* impenitentes.

Tras muchos comentarios y suposiciones de unos y otros, que no descansaban más que en el deseo que cada cual sentía de ver triunfante á su partido, se vino en conocimiento, á la caída del crepúsculo, de que los cristinos salían mal parados de la lucha. Y así se averiguó por señales infalibles que llenaron de júbilo á los fervientes de don Carlos y dejaron consternados á sus contrarios. A las últimas claridades del espirante día vióse llegar al pueblo y cruzarlo, sin detenerse, en atropellada fuga, á una masa de soldados que parecía alentar sólo el deseo de poner mucha distancia entre ellos y los escuadrones que de cerca les acosaban. Iban los fugitivos cubiertos de polvo, ennegrecidos los rostros y las manos, varios con la cabeza vendada con trapos ó pañuelos manchados de sangre. Algunos heridos graves colocados sobre angarillas ó atravesados sobre acémilas imprimían á aquel cuadro militar un carácter doloroso, tétrico.

Con paso rápido recorrió la columna la larga calle principal de G... y desapareció por el otro extremo, perdiéndose en las sombras de la noche que se difundían ya sobre la

tierra. Y no se había extinguido todavía el precipitado rumor de las pisadas de la fugitiva infantería, cuando una estrepitosa avalancha hizo retemblar el suelo. La caballería carlista llegaba á todo galope, y la calle se llenó de ginetes que en apretadas filas pugnaban por ganar terreno, por salirse cuanto antes de aquel desfiladero de casas bajas y ganar la anchura del campo, en donde había de ser fácil acuchillar al derrotado enemigo.

Entonces, los vecinos que desde las ventanas presenciaban aquella persecución, dijeronse, unos con angustioso temor, otros con feroz alegría:

—¡Qué degollina se prepara!

★
★ ★

Al frente de los ginetes carlistas galopaba un jefe de corpulentas proporciones: vestía un brillante uniforme, y su boina blanca con larga borla de oro, destacábase en medio de la penumbra. Enarbolada la luciente hoja del sable, excitaba con el gesto y con la palabra á sus soldados, ansioso de alcanzar al huído contrario, de sembrar en sus filas la destrucción y la muerte.

Y cuando veía ya, á pocas varas de su caballo, extenderse la vasta superficie de la llanura, en donde había de serle tan fácil al regimiento desplegarse, cargar á escape tendido y caer sobre la ahuyentada infantería liberal, cuando los primeros ginetes carlistas pasaban hincando las espuelas por delante de las



dos últimas casas del pueblo, en la ventana de una de éstas brilló un fogonazo. El jefe de la boina blanca detuvo bruscamente á su montura, luego soltó las riendas y el sable para llevar ambas manos al pecho, su enorme cuerpo bamboleó sobre el sillín, y se vino abajo antes que los soldados que se precipitaban en su auxilio hubiesen podido impedirlo.

Entonces, detenidos en su veloz carrera los escuadrones, por el brusco paro de los ginetes que galopaban delante, quedó en breves segundos inmóvil toda la fuerza. Y un murmullo siniestro corrió desde un extremo á otro.

—¡Han matado al coronel!

Un ginete se abrió paso y llegó hasta el grupo que se había formado junto al cadáver.

—¿Qué decís?... ¿que han matado al coronel?

—Sí: mi comandante... de un tiro

que ha salido de aquella ventana... he visto el fogonazo.

—Sargento Gómez: tome usted diez hombres, apodérese de esa casa y de cuantos haya dentro. Sargento Diéguez: coja usted el cuerpo del coronel y éntrelo en esta tienda y avise al cirujano. Escuadrones, al galope ¡mar!...

Pero no pudo concluir la palabra. De la misma ventana brotó un relámpago, vibró un estampido, y el comandante, después de lanzar un doloroso gemido, dobló la cintura y cayó de bruces sobre el cuello de su montura.

Hubo un momento de estupor seguido de un furioso clamoreo. Quince ó veinte soldados cogieron sus pistolas de arzón y las dispararon sobre la ventana, en tanto el sargento Gomez, seguido de seis hombres que habían echado pie á tierra se lanzaba sobre la casa. La puerta, cerrada y atrancada, una puerta de maciza pieza de nogal oponía un obstáculo formidable.

—¡Rodead la casa!—exclamó entonces el segundo comandante, un hombre joven, de gallardo continente—entrad por detrás.

Y volviéndose hacia los soldados apiñados, inmóviles, clamó con voz de trueno:

—¡Adelante, muchachos!... ¡carguen!

Y blandiendo el acero se colocó delante de sus hombres, hincó las espuelas en los ijares de su potro... y abrió los brazos de súbito, perdió los estribos y rodó exámine sobre el polvo. Un tercer disparo acababa de brillar en la terrible ventana.

Y al tercero siguió un cuarto, y á éste otro y otro y otro más. El infernal tirador, cuya vaga silueta se percibía confusamente á cada fogonazo, disparaba sin precipitación, con metódica regularidad. A cada disparo caía infaliblemente un hombre. Después de los tres jefes, bajó de su caballo con el craneo destrozado un oficial, luego un sargento, seis soldados. Y por incomprensible azar, el fuego graneado que desde la calle se hacía contra la ventana, no lograba herir siquiera á aquel hombre formidable que, solo, había logrado detener la marcha victoriosa de 400 hombres.

* * *

Acababa de echar abajo su undécima víctima, cuando los carlistas, penetrando por la puerta trasera de la casa, consiguieron apoderarse de él. La estupefacción del sargento Gómez y de los suyos fué inmensa al contemplar al terrible enemigo con quien había tenido que luchar todo un regimiento: no acertaban á comprender cómo aquel sér raquí-tico, pequeñito, patizambo, jorobado, había logrado tener en jaque á la caballería carlista y salvar á la columna liberal fugitiva.

Cuando maniatado le condujeron ante el general Cabrera, éste le dijo tras un momento de examen:

—¿Por qué disparabas sobre mis soldados?

—Porque soy liberal, porque tengo á mis tres hermanos en el ejército de la Reina y como un hombre de mi facha no puede vestir el uniforme ni entrar en un batallón, he aprovechado la ocasión de hacer algo por la libertad y por la Reina.

—¿Sabes que mañana al amanecer te fusilarán?

—Lo supongo, pero de todas maneras haréis mal negocio.

—¿Por qué?

—Porque no podéis matarme más que una vez... y yo he matado once de los vuestros.

* * *

Miguel Túnez, que así se llamaba el heroico contrahecho, fué fusilado á la mañana siguiente.

Hizo un palmo de narices al oficial que mandaba el piquete, dió un *¡viva Isabel segunda!* y cayó acribillado.

JUAN BUSCÓN.

Entremeses

Las cerillas que yo llevo
se parecen á tí, Petra;
todas las que hay en la caja
han perdido la cabeza.

—No meta usted en la cesta
esa pata, que es muy mala.
Esto en la carnicería
dijo al carnicero Paca;
pero él que es muy testarudo
se empeñó y *metió la pata*.

—Es belleza sin igual
la sobrina de Ramona
y al verla le dije *¡mona!*
—Pues la llamaste *animal*.

Dos ladrones en un templo robaron
un santo y un cepillo lleno de onzas,
y el juzgado detuvo á un carretero
que cargó con el santo y la limosna.

Vende pelo mi barbero
y como lo da barato
muchos le *toman el pelo*.

Fué Francisco á ver á un médico
por tener mal la garganta,
y después de ver el mal,
éste le mandó á *hacer gárgaras*.

FELIPE LÓPEZ COLMENAR

BARCELONA EN LA MANO



Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti

El Paseo de Colón

Las hormigas

De un hormiguero que hay en aquel prado
que está junto al camino reclinado,
salieron una tarde mil hormigas.
Allí había de todo:
padres, madres, hermanas y *aun* amigas.
Y torciendo á la vez por un recodo,
entraron lentamente
por el blanco camino,
que cruza el valle hasta el lugar vecino.
Iban todas andando alegremente;
ya en busca de alimento,
ya tomando el calor que el sol envía;
y con pausado, suave movimiento,
la cinta negra siempre se movía,
ondulando... ondulando...
¡quién sabe si de amores platicando!
De pronto, un cochecillo,
se asomó por un verde montecillo,
y entró en la carretera
un momento después, y á la carrera.
Era el correo: el conductor cantaba;
y entre el polvo y la grava,
aplastaron las ruedas y el caballo
al pasar con empuje violento,
cuarenta hormigas, cuyos nombres callo
porque nunca los supe, aunque lo siento.
Las demás... se pararon un instante,
y luego... continuaron adelante,

en busca de la paja ó del granillo,
como antes de pasar el cochecillo.
¡Y allí quedaron solas y olvidadas
las pobres que murieron aplastadas!

Es el mundo también un hormiguero.
Hormiguitas los hombres, que buscamos
cada cual por distinto derrotero,
ya la gloria, ya el pan que deseamos.
Pasa la Muerte, pálida y escueta,
cantando en su carreta,
y aplasta dos ó tres que coge al paso,
grandes ó chicos ¡ay! no importa al caso.
Los demás... nos paramos un instante,
resuena algún lamento,
y luego... continuamos adelante,
porque aquí, ¡nunca cesa el movimiento!...
Al que cae, se le deja y se le olvida;
hay que seguir *buscándose la vida*
sin perder un momento;
pues nos causa la caza del sustento,
como la de la gloria,
tantas humillaciones y fatigas,
que no nos quedan tiempo ni memoria
para llorar, y recordar los nombres
de los hombres que mueren como hormigas,
ni los de hormigas muertas por los hombres.

CONSTANTINO GIL.

La vida de un soltero

—Lo tengo aprendido,—me decía un día cierto Marqués español, que al leer estos párrafos recordará seguramente sus palabras. — Lo tengo aprendido, después de haberlo estudiado mucho; ¡no hay nada más barato que la vida en constante alquiler! Y en efecto, el propietario de su interior es un constante esclavo de sus muebles, de sus vajillas, de sus ropas blancas ó negras...

Por eso los ingleses que se proponen divertirse y pasarlo muy bien con el producto de sus rentas, han hecho de Europa su casa, y en ella París es el salón, Biarritz su gabinete, Niza su comedor, Sevilla ó Madrid su galería de cristales.

Diferentes veces me ha llamado la atención por las calles de París esa familia compuesta del papá y la mamá, las niñas casaderas y la *gouvernante* de aspecto severo.

Son los *yankees* que no tienen casa, porque han aprendido que la casa es una molestia.

Son los nómadas con fortuna; los bohemios en plena abundancia.

Son, en fin, los representantes del espíritu práctico moderno.

Y bien mirado, acaso tienen más razón que el resto de los mortales, adheridos á nuestras cuatro paredes como la ostra á la concha é imposibilitados de disfrutar la vida de nuestro tiempo por no *levantar la casa*, que después de todo es un gran trastorno.

Su casa es el wagón, el barco, el cuarto de un hotel; en todas partes hay camas blandas, baño, alimentación sana, servida á la hora en que se quiera, criados que sirven con gusto... ¡Oh! ¡Quién sabe si ésta será la vida de todo el mundo en el siglo XXI!

* * *

Un escritor de gran talento observaba no hace mucho en la crónica parisiense, que hace con tanto gusto de sus lectores, el singular aspecto que ofrece, sobre todo en este mes, el comedor de uno de esos grandes hoteles á donde vienen á parar familias ó individuos sueltos de toda Europa.

Hay, en efecto, en esos grandes comedores, Príncipes y aventureros, pastores protestantes y jugadores de oficio, banqueros alemanes é ingleses y comerciantes de Castilla la Vieja. Es el mundo flotante que constituye esa masa de familias que no tienen casa porque les sale más barato vivir en el aire.

Un inglés rico pasa tres meses en París en una casa de *familia*; el invierno en Cannes ó en Pau; el resto del año en una playa cualquiera. Viaja con sus hijas y espera encontrar sus futuros yernos en el ferrocarril, ó en la mesa redonda, ó en la *terrasse* de algún casino.

Por otra parte, observaba el escritor á que me refiero, la vida del hotel ofrece inmensas ventajas. Se tienen en él diez ó doce criados; con tocar la campanilla hay siempre uno dispuesto á limpiarle á usted la ropa, hacerle un recado, traerle lo que le haga falta. Viviendo en un hotel no está usted obligado á devolver el obsequio de una comida, de un baile, de un té; se paga lo que se quiere sin que la murmuración le haga á usted las cuentas de lo que gasta... París está preparado de tal manera para esta existencia, completamente opuesta á lo que se llama *la vida del hogar*, que con entrar por cualquiera de sus grandes calles ó avenidas, se puede calcular lo que costará la vida, desde el piso principal del gran hotel hasta el quinto piso de la *maison meublée*, allá al otro lado del agua, en las calles más apartadas.

Estudio curioso.

* * *

Conozco á un sud-americano muy rico y muy pobre, que ha pasado por todas las vicisitudes que en París pueden ser la historia de un soltero, y cuya existencia me hizo conocer en tiempos ya lejanos la manera de ser de este gran pueblo.

Mi amigo llegó á París con crédito abierto en casa de un banquero por doscientos mil francos, y se propuso gastárselos alegremente, contando con que su padre, inmensamente rico, le enviaría más así que se acabaran.

Tomó todo el primer piso de uno de esos hoteles que hay bajo los arcos de la calle de Rivoli, frente al jardín de Tullerías.

Un salón, un cuarto de dormir, un tocador, un baño.

Al mismo tiempo alquiló un coche para todo el día.

Un peluquero venía á hacerle la *toilette* temprano.

Un *correvedile* de los muchos que hay por aquí le traía todo lo que mi amigo quería comprar, aprovechando, naturalmente, la ocasión de ponerle delante de los ojos cuantos caprichos pudieran precipitarle á gastar dinero.

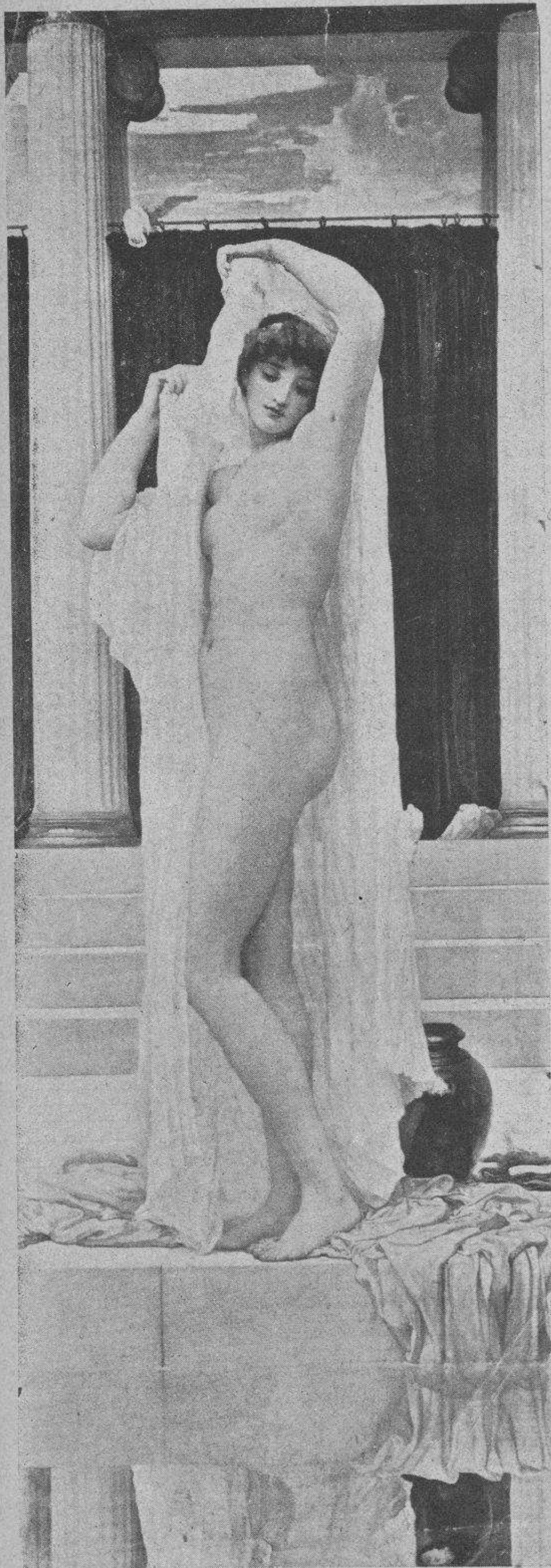
Comía en su cuarto é invitaba todos los días á cuatro ó seis amigos.

Por las tardes íbamos al *Bois*; por la noche al teatro.

J. TRIADÓ



Después del baile



Saliendo del baño

Después del teatro X*** iba al *Cercle*, donde jugaba.

En una semana adquirió reputación de rico. Las mujeres le escribían cartas muy cariñosas. Mi amigo era enamorado y rumbo.

Un día le dije:

—No te extrañe que mañana, desde las ocho, hora en que vendré á despertarte, hasta las doce de la noche, en que te dejaré á la puerta del *Club* para irme á la cama, vaya haciendo en mi cartera la cuenta de tus gastos de un día.

—Hazlos,—me dijo:—yo no me ocupo de eso jamás, y así me proporcionarás ocasión de saber lo que se gasta en París en un día sin privarse de nada.

Veinticuatro horas después leíamos juntos mis apuntes, que arrojaron lo siguiente:

Día 4 de Abril de 18...

Alquiler de cuarto.	Fs. 100
Almuerzo y comida para cuatro amigos	» 152
Peluquero	» 6
Coche.	» 40
Compras (cigarros, corbatas, fruslerías, periódicos, etc.)	» 60
Visita á Mademoiselle *** (<i>intelligenti pauca</i>)	» 500
Palco en Variétés, comprado en la Agencia	» 60
Cena con las actrices de los Bufos	» 246
Menudencias que se olvidan	» 20
Total francos.	<u>1,184</u>

—Agrega á eso,—me dijo X***—tres mil seis cientos francos que perdí al *baccarat* después de dejarte, y un ramo de flores que le he enviado hoy á *Noemie*, que me ha costado cincuenta francos en el Boulevard de Capucines.

—Bueno; añadido, pues, á mil ciento ochenta y cuatro francos, tres mil quinientos cincuenta...

—¿Y son...?

—Son, en *veinticuatro horas*, cuatro mil setecientos treinta y cuatro francos.

—Esto no puede continuar así,—me dijo mi amigo;—tú me eres leal y me aconsejas que no derroche; á tí puedo declararte que he gastado en un mes más de catorce mil duros. Yo no suponía que París era tan caro... Nada, mañana voy á tomar un cuarto en el segundo piso; y en cuanto á los amigos, que coman por ahí. ¡No he de mantenerlos yo por su buena cara!

* * *

Tuve que hacer un viaje y tardé dos meses en volver á París.

Busqué al americano en el hotel donde le dejé, pero ya no estaba allí.

Se había mudado á una *casa amueblada* de la calle Galileo. La calle Galileo está cerca del Arco de Triunfo.

Es todo aquel un barrio aristocrático, y por consiguiente, la fortuna de mi amigo no había, al parecer, venido á menos.

Le encontré en su casa la mañana en que



Baños de San Sebastián

Fot. de nuestro colaborador artístico A. Merletti

volví á verle. Estaba acostado; me recibió, sin embargo, y sentado al borde de su cama entablamos el siguiente diálogo:

—¿Cómo te ha ido desde que yo me fuí?—le dije.

—No muy bien. Mi padre ha hecho quiebra en Colombia, y, por consiguiente, no cuento más que con el resto de los cuarenta mil duros que traje, y de los cuales había gastado ya más de veinte mil cuando tú te marchastes.

—¿Has vuelto á jugar?

—Sí, y he vuelto á perder. Me quedan cinco mil duros nada más.

—¡Cinco mil nada más!

—Sí, querido, y en estos dos meses he conocido ya varios de los escalones que hay que bajar para llegar á la pobreza. Del cuarto magnífico del primer piso del hotel, me mudé á uno más modesto en el piso tercero. Comía fuera del hotel, y para que veas que he aprendido algo de tí, mira lo que se gasta en París en esas condiciones.

Me dió una hoja de papel en la que leí la siguiente:

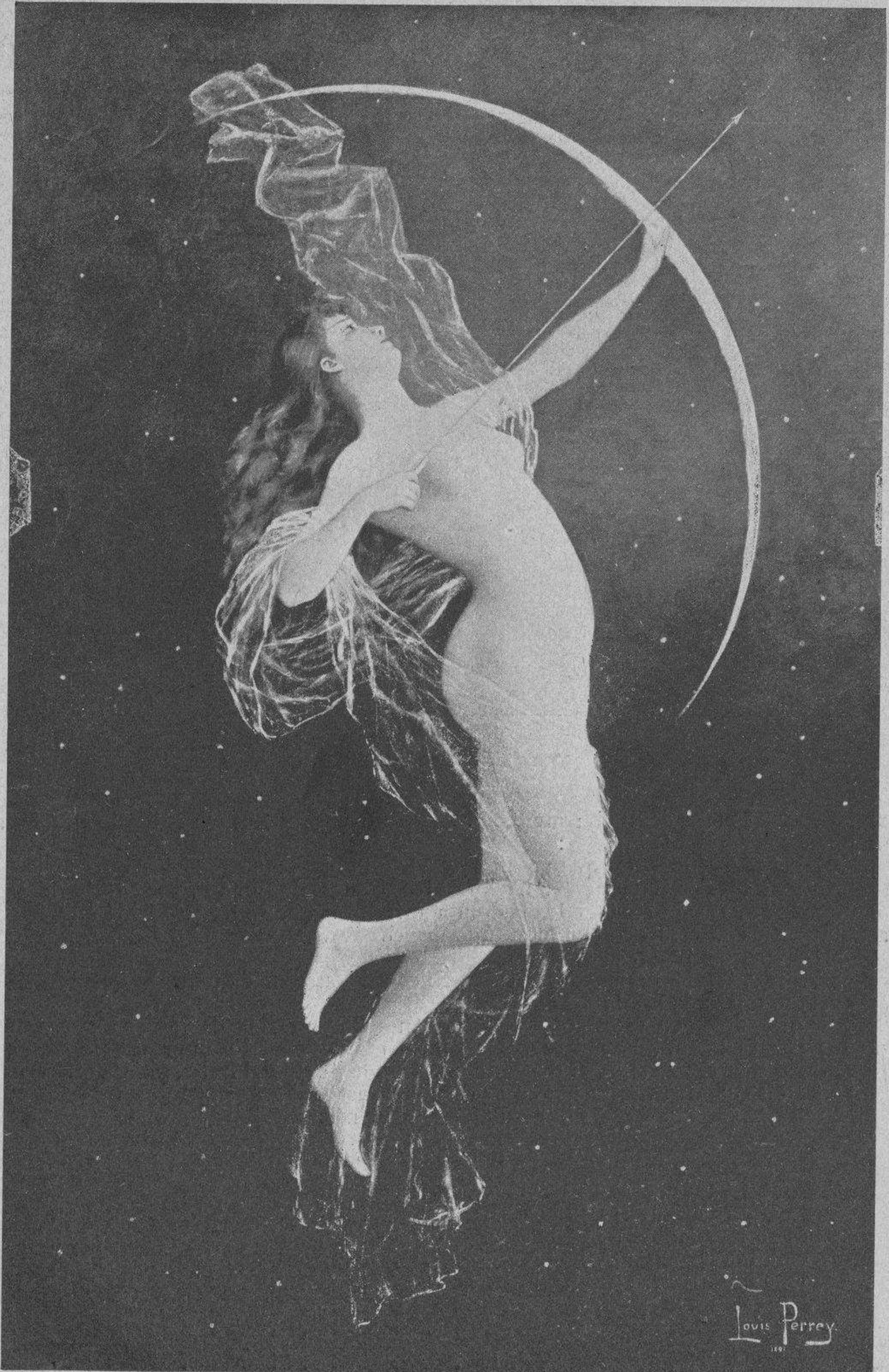
5 DE MAYO

	Francos
Alquiler de cuarto.	10
Coche de alquiler, tres horas	6'50
Almuerzo en el café de París	17
Comida en <i>La Maison dorée</i>	28
Una butaca en el Teatro Francés.	6
Frioleras	12
A <i>Alice</i>	40
Total.	119'50

¡Ya ves cómo he bajado!—exclamó dando un suspiro.

—Todo es relativo, observé; para mí sería el colmo del bienestar poder gastar en Pa-

L. PERREY



Louis Perrey
1891

Cuarto menguante

TIPOS DE LA TIERRA



Pastorcilla catalana

rís cien francos diarios; para tí, millonario ayer, es hoy una miseria esta nota de un día...

—¡Pero esto es de hace un mes!—exclamó;—ahora estoy á *pensión*, mis gastos de ahora son mucho menores.

—Veamos.

—Pago aquí trescientos francos al mes, y me dan cuarto, almuerzo y comida.

—Pongamos además el gasto de bujías, lavandera, periódicos, franqueo y demás.

—Eso es; me cuesta la vida quinientos francos mensuales.

—Tienes, por consiguiente, vida para un par de años.

—¡Quién sabe!

* * *

Pero al llegar otoño recibí una carta de mi colombiano, á quien no había visto durante la estación del calor, y decía así:

«Querido amigo: Estoy enfermo y solo, ven á verme, vivo en la calle Pigalle, núm. 60, cuarto quinto.»

Sin mala intención—debo declararlo—sonrei al leer esta carta.

Mi amigo—era indudable—bajaba con la rapidez con que desciende un globo, cuyos habitantes ignoran dónde van á parar.

La calle Pigalle, como sus adyacentes, forma parte de un *quartier* de artistas, en el que dominan los pintores y las muchachas bonitas y alegres.

Me figuré desde luego que X*** había tomado cuarto en alguna casa amueblada de poco precio.

Así era en efecto.

Vivía en un hotelito donde el cuarto le costaba tres francos diarios. Salía á almorzar y comer á los alrededores. Por allí hay restaurants baratos, donde el almuerzo cuesta dos francos y la comida dos y medio. En la lista de su gasto diario, que me enseñó, ya no había ni *Noemis*, ni *Alices*, ni *butacas de teatro*, ni coches, ni flores. ¡Qué había de haber!

El cuaderno de aquel mes decía así invariablemente:

	Francos
Cuarto.	3
Almuerzo.	2'50
Comida	3
Periódicos	0'50
Omnibus	1'50
Total.	10'50

Solamente en una de las hojas leí, sin poder contener la risa:

Comida con Luisa, la modelo de Pepe 8 francos.

—¡Mucho ha bajado de precio el amor en tu vida!—exclamé sonriendo.

Y él, después de suspirar, me dijo:

—¡Ayer fui á saludar en la calle á Noemi y volvió la cara al otro lado!

* * *

Pues aun era esto la opulencia, según decía la *bonne*, que le barría el cuarto, y que me oyó comentar la situación de mi amigo.

—¡Cómo!—exclamó—les parece á ustedes que gastan poco. Pues entonces qué dirían si hiciesen la vida de Mr. Gerard, que, según opinión de todo el *quartier*, ha de destruir á Carolus Durán dentro de poco.

—¿Qué hace de extraordinario ese Mr. Gerard?—pregunté yo.

—Vivir con más economía que este derrochón de su amigo de usted—me dijo en voz baja la criada.—¡Cómo se conoce que no tiene que ganarlo para comer!

—¿Pues cómo vive Mr. Gerard?

—Muy sencillo. Yo le hago la compra y sé perfectamente lo que gasta. Por la mañana, café con leche, que cuesta cinco sueldos; á las once su rica chuleta, su pedazo de queso y su media botella de vino, total un franco. A las seis una sopa y un pedazo de carne, un *mendant* (1) y otra media botella, total un franco cincuenta. Agregue usted á eso veinticinco francos de alquiler de cuarto mensual, y dígame si un hombre no puede vivir como un rey por ciento veinticinco francos mensuales.

* * *

Un año después de haber sostenido esta conversación, mi amigo heredó medio millón de duros de un pariente lejano que en su última hora se acordó de su sobrino.

(1) Almendras y pasas.

¿Creéis que mi colombiano volvió á las andadas? ¡Oh, no!
 Vive desde entonces con modestia suma, y cuando algún amigo le pide, como antaño,
 cien francos, suele responder que no los tiene.
 Y es que en la vida hay que sufrir para aprender;
 Pues del placer que se gozó sin tasa
 Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa,
 como dijo el poeta.

EUSEBIO BLASCO.



ULLASTRI. — Dulce coloquio

Epigramas

—Por broma quiso el doctor
 cuando me encontraba en cama
 ponerme una lavativa
 ¡qué broma!... *se la eché en cara.*

En una fuente excelente
 regaló cierto señor
 natillas, á un aguador
 que se las tomó *en la fuente.*

—La poesía le ha chiflado
 á tu prima, ya casada,
 y encontrándose inspirada
 ayer, según me han contado,
 pidió al marido tu prima
 una mano de papel...
 sintióse poetisa y él...
 le puso *la mano encima.*

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

¡A las armas!

MONÓLOGO CASI ORIGINAL

ESCENA ÚNICA

EL MARIDO

(*Entra por el foro con dos papeles en la mano.*)

¡Me ha faltado!

¡Sí, señor! ¡Tan claro como el agua!

¡Y hace poco más de un año que me casé!

¡Infame!

(*Pausa.*)

¡Un año y un mes!

¡Trece meses!

¡Trece! Ya debía haber estado alerta.

¡Trece! ¡Trece!

¡Y que no tengo solamente una prueba del delito, sino dos!

¡Versitos y carta!

(*Cotejando los dos papeles que lleva en la mano.*)

¡La misma letra! ¡iguales rizos en las mayúsculas! ¡Los dos papeles del mismo modo!

(*Oliendo.*)

¡Miel de Inglaterra!

(*Con resignación.*)

Aunque, bien mirado, es preferible que los versitos y la carta sean de la misma procedencia.

¡Claro que vale más que sólo tenga un cómplice!

(*Pausa.*)

¡Versitos y endecasílabos!

¡Veremos qué dice ese animal!

(*Leyendo.*)

SONETO

..... ilusiones.
..... impaciente
..... ardiente
..... corazones

(*Pausa.*)

..... ocasiones
..... consecuente
..... vehemente.
..... pasiones

¡Muy bien! Van ocho versos! ¡faltan seis!

..... belleza,
..... anhelo,
..... grandeza.

¡Sólo faltan tres!

..... cielo
..... tristeza,
..... consuelo.

¡Consuelo! El nombre de mi señora esposa, con todas sus letras, consonantes y vocales. ¡Bravísimo!

(*Vuelve á leer.*)

¡Tristeza!

(*Sigue leyendo con ira.*)

«¡Consuelo! ¡tristeza!»

¡En el cementerio encontrarás] esa [tristeza!

¡Sí, señor! una bala en mitad del corazón!

¡Y sin dar escándalo: nada de padrinos!

¿Los ha buscado él para deshonrarme?

¡La ofensa ha sido á traición: á traición recibirá el castigo que merece!

¡Armas no me faltan para lo que sea!

(*Coge la pistola. Mostrándola.*)

¡Quince milímetros!

¡Gatillo infalible!

¡Pistones ingleses! ¡pólvora inglesa!

¡Parece dinamita!

(*Sopla en la boca del cañón y pone la palma de la mano izquierda á poca distancia de la chimenea de la pistola.*)

¡Perfectamente!

(*Como si introdujera el taco en el cañón.*)

¡Trás, trás, trás!

(*Como si amartillara.*)

¡Cléc, cléc!

En cuanto anochezca, le aguardo detrás de una esquina y ¡pam!

¡Le atravieso de parte á parte el corazón!

(*Con la mano izquierda en el corazón.*)

¡Ay, ay, ay!

¡Y sin decir Jesús, al infierno en tres minutos!

—¡Aquí, aquí!

¡Que los hulanos están ya en las Ventas del Espíritu Santo!

¡Que la escuadra alemana ha llegado al estanque del Buen Retiro!

¡Que la Internacional ha hecho de las suyas!

¡Aquí, aquí, hay un cadáver... moribundo!

—¡Soy yo el autor! Y Usía en mi lugar habría hecho lo que yo.

—¡Ya lo veremos! Entre tanto, acompañen ustedes al señor á la casa de socorro y al muerto á la prevención.

—¡Donde ustedes quieran!

(*Recorre la escena. Vuelve á su sitio. Pausa.*)

¡Y una vez en el Abanico, no me visitará nadie! ni mi señora esposa! Como si lo viera. Es decir, como si no la viera.

(*Pausa.*)

¡Como que ella es más criminal que su primo!

En los hombres, eso nada tiene de particular. ¿A qué está uno? ¡El hombre propone y la mujer dispone!

(*Bajando la voz.*)

Sin ir más lejos, yo, cuando soltero, siempre proponía y ellas disponían.

(*Bajando más la voz.*)

Y hasta hoy, sin ser yo soltero, si el diablo se empeñara en hacerme pecar, y la



En el Eden - Concert

cosa valiera la pena... no le desairaría.

¿A qué está uno?

(*Formalizándose*).

¡Pero yo ni ahora ni nunca haré traición á nadie!

Y ese hombre ha sido un traidor; ha abusado de mi buena fe: ¡yo le he abierto de par en par las puertas de mi casa!

¡Si hasta recuerdo que hace cosa de un mes, no sé por qué tontería, dejó de visitarla, y yo en persona fuí á buscar al primo para que hiciera las paces con mi mujer!

¡Yo en persona! ¿En persona? ¡En bestia! ¡Siendo primo!

(*Dándose un cachete en el cogote, después de cada exclamación*).

¡Estúpido! ¡Animal!

*
**

¡Tan claro como el agua, que mi mujer es más culpable que su cómplice!

¡El no me juró fidelidad al pie de los altares! y ¡ella sí!

Me parece que la estoy oyendo:

(*Con voz melosa*):

¡Sí quiero! ¡sí quiero!

¡Coqueta! perjura! ¡pérfida! infame! traidora! casquivana! pecadora!... ¡Sí, señor! ella es más culpable que su mismo primo.

¡Mataré á los dos!

*
**

¿Armas? ¡las tengo de todas clases!

¡No basta un cañón! ¡venga la de dos cañones!

(*Deja en la mesa la primera pistola, y descuelga de la panoplia la de dos cañones. Mostrándola*).

¡Sistema Lafauchaux!

¡Pam y pam!

¡Aquí! aquí: en este mismo cuarto: en el domicilio conyugal. Yo disimularé, me callaré como un muerto; y en cuanto les pesque infraganti, ¡pam y pam!

¡Si hasta la ley me protege! Con salir de Madrid, estoy al cabo de la calle. Ya antes de casarme, me aprendí el artículo de memoria:

«Art. 438. El marido que sorprendiendo en adulterio á su mujer, matase en el acto á ésta ó al adúltero, será castigado con la pena de destierro».

¡El minimum seis meses! Claro que presentando estos versos endecasílabos, me aplicarán el minimum.

¡Haré un viaje al extranjero!

¡Tres meses en Mónaco y otros tres en Lourdes!

¡Y tendré que gastar luto un año entero! ¡Qué mundo más tonto!

*
**

Y bien mirado, ¿qué hace uno en este mundo?

¡Pasar disgustos como el que me ha caído encima!

Vestirse, desnudarse; ahora calor, ahora frío; de aquí á aquí, calentarse; de aquí á aquí, refrescarse.

Ayer reuma, hoy jaqueca, mañana dolor de muelas. Y vengan orzuelos y diviesos y callos y...

¡Caracoles!

*
**

Lo que dijo el otro: cuando nos encontramos en algún sitio y no podemos resistir el frío ó el calor, ó lo que sea, nos vamos.

Pues lo mismo debemos hacer en el mundo.

¡El que vive molesto, que se largue! Yo desde hoy viviría muy aburrido. Sin padres, sin hijos, sin nietos... ¡Ni el diablo ha querido concederme los sobrinos de reglamento!

Sólo tengo un primo: y éste, bien mirado, no lo es: es primo de mi mujer. Y con él no hay que contar para nada; por varias razones, y porque yo, con esta pistola, le extenderé el pasaporte para el infierno.

¿Qué haría yo en este mundo enteramente solo?

¡Los hombres me señalarían con el dedo! ¡las mujeres me mirarían con horror! ¡me llamarían tirano!

¡Todas me abandonarían!

¡Nada, nada! esta pistola no basta. ¡Venga el revólver!

(*Deja la pistola y descuelga el revólver*).

¡Sistema Smith!

¡Seis tiros!

Haré partes iguales.

Dos para mi mujer, dos para su primo, y dos para mí.

(*Apuntando á la altura de un metro del suelo*).

¡Pam, pam!

(*Tocando con la punta del cañón la garganta, puesto el revólver verticalmente*).

¡Y pam, pam!

(*Pausa*).

¡Un coche para cada uno!

¡Tres coches mortuorios!

¡Un tren fúnebre!

*
**

Y de este modo ahorro explicaciones y preguntas y respuestas en el juicio oral.

Sobre todo, así no veré el mamarracho en *Las Ocurrencias*, ni en *Los Sucesos*.

¡Y fuera ruidos!

No; el ruido no podrá evitarse, porque los disparos de este revólver, que es sistema Smith, parecen cañonazos.

*
**

¡Vaya, no tengo tanta resignación!

¡El disgusto es muy grande para un hombre solo!



MUNDO DEMONIO Y CARNE

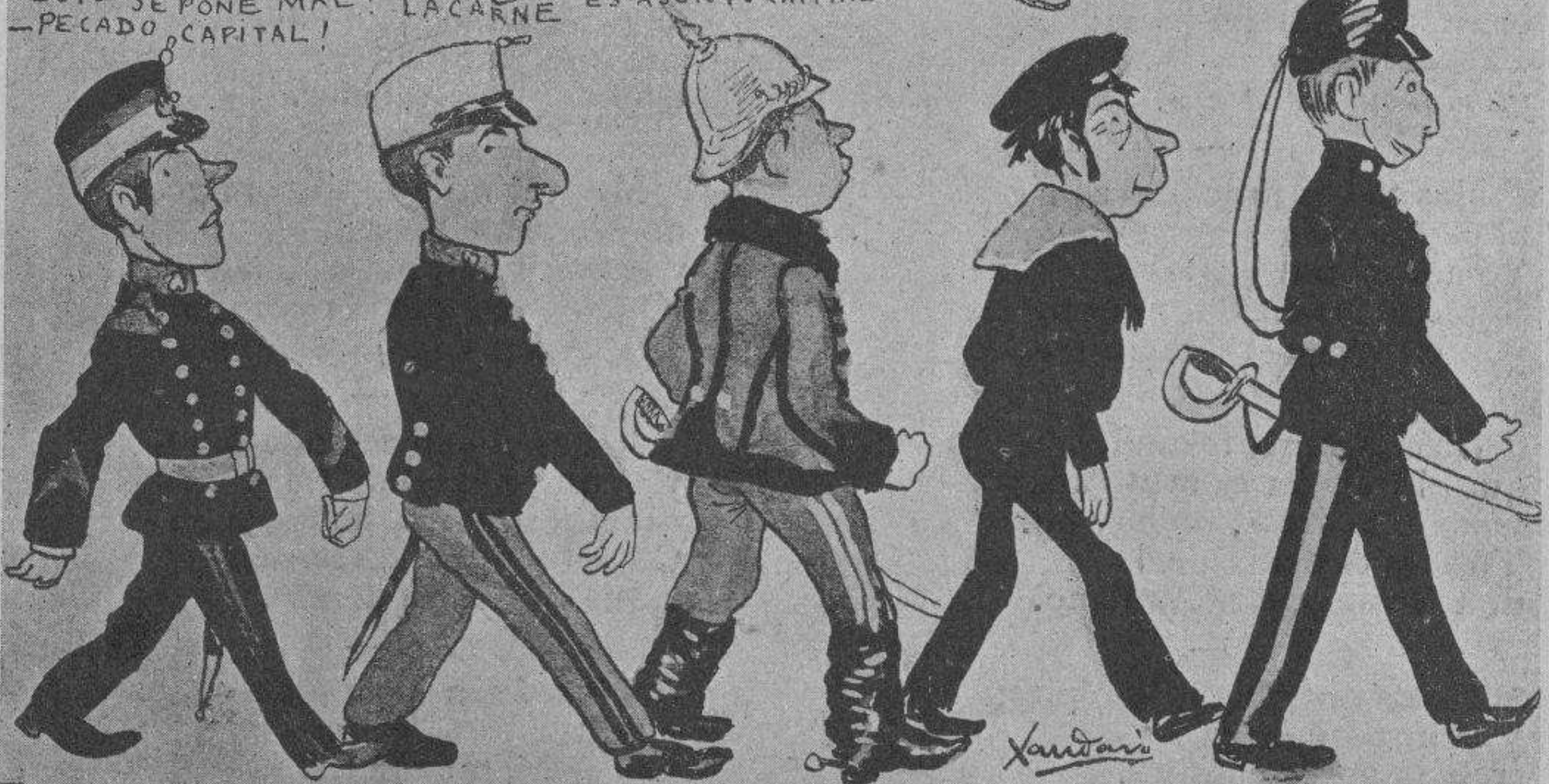


¡NO CORTAMOS! ¡NO CORTAMOS! (CORO DE CORTANTES)



- Y NO VENDERÁN CARNE
- ME ALEGRO DE ESO, PORQUE NOS PONE ANIVEL DE LOS RICOS

- ESTO SE PONE MAL! - PECADO CAPITAL!
- LA CARNE ES ASUNTO CAPITAL



- MIA TÚ, POR ANDE MOS VEMOS EN LA NESECIÁ DE USAR DEL ARMA MANQUE SEA ER CAÑON KRÚ.

Xandari

Si ella tuviera padre, ó hermanos, tal vez repartida la desgracia entre todos...

(Pausa).

Pero vamos á ver, ¡vamos á ver!

¡A veces las apariencias engañan!

Yo sólo tengo una carta y un soneto.

La carta lleva la fecha de hoy, y si hoy declara su pasión, claro está que ayer ella era inocente y yo respetable, porque aun no ha salido, ni el primo ha entrado.

¿Y los versos?

¿Y quién hace caso de los versos? Pero los ha escrito expresamente para mi Consuelo.

¡Para mi desgracia!

(Con sorpresa).

¡No señor! esta *ce* es minúscula, y siendo minúscula, *consuelo* no es nombre propio, sino la primera persona del presente de indicativo del verbo *consolar*, que sigue las mismas irregularidades que *volar*.

Yo *vuelo*, tú *vuelas*, él *vuela*; yo *consuelo*, tú *consuelas*, él *consuela*.

Y también es irregular en el imperativo y en el presente de subjuntivo.

(Pausa. Leyendo).

«¡Anhelado consuelo!» No es verbo, sin nombre sustantivo común del género masculino.

¡Masculino!

Y si ella es honrada, ¿por qué llevaba consigo estos documentos?

Para echárselos á la cara y mandarle á paseo.

(Con tranquilidad).

¡Tan claro como el agua!

(Pausa).

¡Ah! ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

¡Pongamos las armas en su sitio!

(Al público).

¡Muy buenas noches!

ALBERTO LLANAS.

Á un holgazán

Holgazán te llaman, Juan,
y dicen bien, sí señor,
los que tal nombre te dan,
porque eres un holgazán
de los de marca mayor.

Te entregas honradamente
al grato y *dolce far niente*,
que, á tu juicio, no degrada,
y no te ocupas en nada,
en nada absolutamente.

Siempre comiendo y holgando,
pasas tu vida cantando
como el tonto del lugar:
«*Todos viven trabajando,*
yo vivo sin trabajar».

Mas tienes mucha razón
al pensar de esa manera.
Yo apruebo tu decisión.
Sigue firme en tu opinión,
y que trabaje el que quiera.

Dice la gente formal
que el trabajar es muy sano;
mas no lo creas, no hay tal.
Tú eres el bello ideal
de todo el género humano.

Haces muy bien, lo repito;
y te juro que si yo
trabajo poco, poquito,
es porque lo necesito,
pero ¿por gusto? ¡Eso no!

Dios cuando á Adán ha creado
no quiso que trabajara...
¡Eva nos ha fastidiado!
¡Si Adán no hubiera pecado,
otro gallo nos cantara!

Mas por ser desobediente
hincó en la manzana el diente
y Dios, maldiciendo á Adán,
dijo: ¡Ganarás el pan
con el sudor de tu frente!

Desde entonces el deber
víctima nos hace ser
de ese castigo ejemplar,
y si queremos comer
tenemos que trabajar.

Mas tú, mi querido amigo,
no aceptas este castigo,
y haces, Juan, perfectamente.
¿Qué tienen que ver contigo
Eva, Adán y la serpiente?

Jamás el pan te ha faltado,
y lo que comiendo estás
ningún sudor te ha costado.
Cómelo, pues, descansado
y que suden los demás.

Vive, Juan, á tu placer
y no te canses de ser
holgazán, ¡por Belcebú!
¡Feliz quien pudiera ser
tan holgazán como tú!

VITAL AZA.

Enamoróse Lucía
de un artista nada feo,
que en cierta zarzuela hacía
el papel de dios Morfeo.

Y como la muchacha era
para no ser despreciada,
y se traía una hoguera
de amor en cada mirada,
apercibióse el artista
del afán de que era objeto,
y realizó la conquista
de la niña por completo.

Era el actor complaciente
y apasionada Lucía,
que su deseo vehemente
mostraba más cada día.

Pero turbó su ventura
cierta preocupación,
y le pidió á un señor cura,
que la oyera en confesión.

—Señor cura... —Sin rubor
di qué anhelas...—Confesarme,
pues un extraño temor
ha venido á atormentarme.

—¿En qué consiste?— En que es
me dicen como á reproche, [feo,
que en los brazos de Morfeo
me pase entera la noche.

El buen cura que entendía,
por su estudio muy profundo,
algo de mitología,
pero no tanto de mundo,

con sonrisa complaciente,
porque nada maliciaba,
dió á la hermosa penitente,
que á sus plantas se postraba,

por penitencia, que el feo
vicio al olvido no diera
y en los brazos de Morfeo
cayese cuanto quisiera.

Y dice Lucía ahora,
con la mayor inocencia,
que no hay otra pecadora
con tan dulce penitencia.

SIMÓN ALSINA Y CLOS.



«El señor Silvela (que por lo visto tiene la candidez de creer que es partido) trató en su discurso de atraerse algunos valiosos elementos de los que actualmente forman en nuestras filas».

(De un diario conservador).

Cantares

Deseas aborrecerle
y más le amas cada día.
¡Cómo quieres no engañarme
si te engañas á ti misma!

A un botijo se parece
mi vecina doña Tecla.
Apaga la sed de todos
y es del último que llega.

Por el barrio se murmura
que todo aquél que te trata,
hace de tí lo que quiere...
con sólo expresarse en plata.

¡Qué mala es Mercedes
la mujer de Pedro!
¡Y qué palos me da él si se entera
de que yo me alegro!

ANTONIO SOLER.



Leo en un anuncio:
«Una señora con buenas habitaciones, las cedo.»
Veré las interiores,
y, pues las cedo,
le diré á la señora
si me convienen.

Otro anuncio:
«DINERO á activos y pasivos.»
El anuncio es expresivo
y que me reclama infiero,
pues no hay hombre más activo
para ir á buscar dinero.

Según datos comprobantes
en París hay, nada menos
que tres ó cuatro galenos
por cada mil habitantes.

Así es que la Facultad,
bendita de Medicina,
está, la pobre, que trina...
más aún que la vecindad.

Los médicos andan locos
al ver que hay pocos en cama
y éstos se mueren de escama
al pensar que son tan pocos.

Tullidos hay, que comprenden
que su vida está perdida,
y ante el doctor... ¡se defienden
como gato tripa arriba!

La cosa es grave, y por mí
clama esto á todos los santos:
si para matar son tantos,
¡cualquiera se cura allí!

Las Cámaras del Estado de Ohío, acaban de votar
un proyecto de ley que castiga con una fuerte multa
y una prisión de seis meses á dos años, á todo hom-
bre casado que, tratando de pasar por soltero, haga
el amor á cualquiera mujer.

El proyecto tenía su *viceversa*; pero, los senadores
han sido galantes con las damas, y les han perdo-
nado las penas que, en el proyecto y para casos
iguales, eran idénticas.

Protegiendo así á las bellas
no adelantarán jamás.
¡Si justamente son ellas
las que nos vienen detrás!

Correspondencia

Bomba.—Mal, lo que se llama mal, no están. Pero no llegan
á la talla, y...

A. C.—Madrid.—Que es precisamente lo que les pasa á las
tres de ustedes. Que mal, lo que se llama mal, no están,
pero... etc., etc.

P. J. G.—Sevilla.—Y es exactamente lo que á las de usted
les sucede. Que mal, lo que se llama mal, no están, pero... et-
cétera, etc., etc.

A. S.—Madrid.—Se publicará todo. Y... agradeciendo.

R. S. P.—Sevilla.—No; ¡si no fué por eso! La rechacé...
por patriotismo. Porque ¿cómo íbamos á exigir á los cuba-
nos que formaran parte de una nación en la cual muerto y
perfecto eran considerados como consonantes?

J. P.—Barcelona.—Hombre, sí. Es corta y... la voy á pu-
blicar. Ahí va:

«DULZURAS

Dulce es el ruido de las flores,
Movidas suavemente por el viento;
Cantando tal vez ricos amores,
Al compás de su dulce movimiento.

Dulce es el canto del Ruiseñor,
Dulce es el vaivén de las olas del mar;
Dulce el son de un beso de amor:
Mas, nada hay tan dulce como tu mirar».

Ahora se pega usted un tiro y... quedamos vengados todos:
los lectores y yo.

Un defensor de lo justo. — ¡Caramba! el caso es que tiene
usted muchísima razón. Pero donde dice progreso ponga us-
ted por ejemplo, boato y lo arreglamos así. ¿Quiere usted?

S. V. R.—Barcelona.—Relindísima María,
en ti hermosura destella...
Esto le interesa á ella,
vida de la vida mía...

pero no á los demás. Y como los demás somos los que lo
hemos de leer...

A. R.—Valencia.—No, señor.

C. P.—Madrid.—Sí, señor.

R. P. M.—Madrid.—Sí, señor.

L. L.—Valladolid.—No, señor... digo, sí, señor... digo...
Que no, vamos...

Señores P. M., Un cualquiera, D. R. R., Pindaro, A. G. y
Manirroto (Madrid).—A. P., Dale que dale, M. M. y Uno
que las caza (Barcelona).—D. R. y A. C. G. (Granada).—
Pateta.—Aeiou.—J. M. de Q. (Marianas).—Un cualquiera.—
Nemo.—Seudónimo.—L. V. G. (Alcalá de Guadaíra).—El
Trifulcas.—Coruñés.—V. V. (Valencia).—P. P. P. (Zaragoza)
y Mamerto, no son publicables. Y perdonen ustedes si por
por falta de espacio, que no de voluntad, no les digo por qué.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las sus-
cripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona